

Ana Martínez Pereira & Víctor Infantes, ed. & intr. *El abad don Juan, señor de Montemayor: la historia de un cantar*. Medievalia Hispánica, 16. Madrid-Frankfurt: Iberoamericana-Vervuert, 2012. 226 pp. ISBN: 9788484896158.

Reviewed by José Manuel Pedrosa
Universidad de Alcalá de Henares



La leyenda del abad don Juan de Montemayor es una de esas narraciones medievales claras y tersas (quizá demasiado) en su estilo, en su argumento y en su ideología que los filólogos hemos sometido a especulaciones genealógicas y a vaivenes clasificatorios y terminológicos (que si fue epopeya en verso, que si fue leyenda en prosa, etc.) que han contribuido en ocasiones más a oscurecerlas que a iluminarlas. Ha llegado hasta nosotros en dos ramas de testimonios muy diferentes: una más breve, inserta como capítulo algo frío y esquemático en el *Compendio historial* de Diego Rodríguez de Almela, que tuvo dos redacciones (la primera de ca. 1479-84 y la segunda de ca. 1504-16) que quedaron registradas en seis manuscritos; y otra más extensa, expresiva, novelesca, fantástica, en los formato y estilo típicos del género de libritos populares que ha dado en llamarse de *historias caballerescas breves*, que

tan de moda se puso a comienzos del XVI, en alas de la todavía muy joven pero ya impetuosa imprenta: seis ejemplares, fechados a partir de 1502, han llegado hasta hoy, y muchísimos más (alguno quizá un poco anterior a 1502) debieron quedarse por el camino, porque hay noticias de por lo menos quince ejemplares publicados hasta finales del XVII.

A la vista de los testimonios conocidos, que los autores de este libro describen, desgranar y analizar del modo más minucioso, la novelita breve que circuló en libritos impresos parece que pudo inspirarse, aunque si lo hizo sería de manera muy libre, en la primera redacción del *Compendio* de Almela. Yo personalmente no creo demasiado en tan fácil, sencilla y prístina posibilidad: opino que el amasijo de versiones orales y escritas (sobre todo orales) debió de ser sobre el terreno muchísimo más complejo que lo que ese *stemma* basado ingenuamente en los textos sobrevivientes hace suponer. Desde esas dos versiones escritas hacia atrás no pueden hacerse más que imaginativas conjeturas, porque ningún texto cabal de la leyenda se

nos ha conservado antes del finales del XV. Algunos cronistas portugueses del XVII se hicieron eco de “hum romance que trata da batalla do Salado, composto por Afonso Giraldes, autor daquele tempo”, e incluso uno alcanzó a reproducir estos versos,

outros falan de gran rason
de Bistoris, gram sabedor,
e do Abbade Dom Ioon
que venceo Rei Amançor

enormemente problemáticos: porque no tenemos garantías, aparte de la palabra de los cronistas tardíos, de que remontasen al año 1340 en que tuvo lugar la batalla del Salado; porque fue tradición de algunos cronistas del XVII inventarse poemas que hacían pasar por viejos (recuérdese la falsificación famosa del cantar paralelístico *No figueiral, figueiral, a no figueral entrey* que según los cronistas barrocos Britto y *Leitão* d’Andrada remontaba nada menos que a los tiempos del rey asturiano Mauregato, que habría muerto hacia el 789); porque se atribuyen a un autor, “Afonso Giraldes”, ignotísimo, quizás tan apócrifo como el Juan Darcos o el Juan de Flores al que se atribuye en algunos ejemplares la autoría de la novelita renacentista impresa de *El abad de Montemayor*; porque hablan de “hum romance” (no de un cantar épico) y de un “Bistoris” en quien algunos han querido ver, sin que podamos saber si con justeza o no, a Aristóteles...

El caso es que sobre la leyenda del abad don Juan de Montemayor construyó don Ramón Menéndez Pidal, ya en 1903, uno de los estudios más densos y eruditos (y también más precarios y discutibles, por culpa más de las carencias documentales que de su falta de entusiasmo) que ha alumbrado la filología española del siglo XX. En 1934 publicaría una versión algo retocada, y en 1937 una resumida. Su hipótesis era que las dos ramas de la leyenda que conocemos en documentos de finales del XV y luego del XVI remontarían, en última instancia, a un cantar épico que habría tenido alguna difusión quizás ya a finales del siglo XII o en los inicios del XIII: tres siglos antes. Una más de aquellas epopeyas, hermanas menores del grandioso *Cantar de mio Cid*, que don Ramón defendía que habían pululado por la península en los siglos centrales de la Edad Media. A la hipotética epopeya del abad de Montemayor le concedía, eso sí, que se hallase cerca de la literatura heroica culta (del tipo del *Poema de Fernán González* o del *Poema de Alfonso XI*), aunque tampoco dejó de señalar unas cuantas analogías, realmente notables, con la leyenda, de naturaleza más folclórica, de los siete infantes de Lara. Por supuesto, se esforzó don Ramón en buscar, en los muy tardíos testimonios de *El abad de Montemayor* que asomaron a partir de finales del XV, restos, huellas o ecos de “versos largos asonantados” que habrían sido deglutidos en las versiones supuestamente “prosificadas”, y también de fórmulas susceptibles de probar algún vínculo con su añorada épica. Igual que se esforzó en localizar motivos narrativos legendarios (como el del niño expósito, nacido de una unión incestuosa, que luego se convertiría en hijo adoptivo traidor, criminal y renegado) que vinculó con

otras leyendas medievales. Hasta, caballeroso colega de sus buenos amigos José Leite de Vasconcelos y Carolina Michaëlis de Vasconcellos, llegó a admitir don Ramón que habría existido un poema épico portugués (subsidiario, eso sí, del castellano) en el exótico metro de la redondilla, del que serían reliquia los versos del supuesto Giraldes recordados en el XVII.

Demasiadas concesiones a sus ideas previas sobre una epopeya castellana densa y plural y al orgullo patrio de sus amigos portugueses, y demasiadas genealogías épicas para tan parca, tardía y bastarda documentación. Las dos ramas del relato de *El abad don Juan de Montemayor* que han llegado, y en fechas ya muy tardías, hasta nosotros son puras, claras e inconfundibles leyendas, *novelle* si se quiere, en prosa, de base claramente folclórica, pero con marcas evidentes de intervención de algún autor que insufló en ellas dosis muy potentes de propaganda bélico-política y religiosa, que las últimas Guerras de Granada que tuvieron lugar a finales del XV contribuirían oportunamente a avivar. Se detectan en las dos redacciones, que son, cada una por su lado, de estilo compacto y de línea argumental coherente, muy poco dada a excursos (lo cual les da aspecto de *novelas* bien trabadas y acuñadas), unas cuantas fórmulas poéticas y motivos narrativos compartidos con la tradición épica, sin duda, pero también con otras tradiciones que fueron aún más vivas, generales y resistentes que la épica: la cuentística y la leyendística. De hecho, los motivos comunes con cuentos y leyendas son mucho más abundantes y visibles que los hipotéticos indicios épicos, tan afanosamente buscados por don Ramón, que han conservado ambos textos.

Así, los motivos narrativos del tipo del niño expósito, fruto de una unión problemática, y otros de los que analizó don Ramón, nos conducen a un ovillo de relatos y de tradiciones que desbordan, y muchísimo, el estrecho recinto de la épica medieval, y se adentran de manera decidida en el fondo común de los motivos folclóricos que flotan, viajan y se inmiscuyen en relatos de todo género. Recuérdense las leyendas bíblicas de los incestos de Lot (*Génesis* 19: 30-38) y de Rubén (*Génesis* 49: 2-4), y de las maldiciones que pesaron sobre sus linajes respectivos; o el incesto de Edipo (otro niño expósito) y la fatalidad que ello dejó marcado en los destinos de sus hijos Etéocles y Polinices; o las creencias que hacían a Roldán hijo de una unión incestuosa (de Carlomagno, además, que sería una especie de padre para él), y que relacionaban tal pecado original con su triste sino; o las exposiciones infantiles de Harry Potter (con su parte angelical y su parte demoníaca) o del protagonista de la película *Breakfast on Pluto* (*Desayuno en Plutón*, 2005, de Neil Jordan), abandonado el pobre de buena mañana en la puerta de la casa de un sacerdote que era, además, su padre biológico, que inmediatamente le adopta y con el que tendrá una relación más que conflictiva: en la leyenda del abad de Montemayor el niño de nacimiento vergonzoso es abandonado también a la hora de maitines, por la mañana (ingrediente que interesó mucho a don Ramón, por cierto), en la puerta de la iglesia de donde lo recoge el sacerdote que lo adopta y con el que luego se enfrentará a muerte.

Eso si escrutamos (y de manera nada exhaustiva) un motivo inserto en el inicio de la leyenda. Porque, en realidad, toda ella está atravesada de motivos narrativos que

hunden sus raíces en un folclore inmemorial que no se ciñe en absoluto a los contornos de la épica y que mira hacia horizontes mucho más amplios. Si nos fijamos, para contrapesar, en una de las escenas finales, aquella en que, disfrazándose y cambiando la voz (“en tal manera que no le pudo conos[c]er en la palabra ni en otra manera alguna”), engaña el buen abad de Montemayor a su traidor hijo adoptivo, justo antes de matarlo, recordaremos voces engañosas similares (fingidas por el lobo un momento antes de devorar a sus víctimas) hasta en los cuentos de *Caperucita*, *Los siete cabritillos* o *Los tres cerditos*, lo cual garantiza la difusión prácticamente universal del tópico. Se trata, en realidad, del motivo narrativo que tiene el número K1832, *Disguise by changing voice*, en el *Motif-Index of Folk Literature* (1955-58) de Stith Thompson, y que conoce avatares en tradiciones folclóricas de muchísimas épocas y lugares. De hecho, el disfraz de la voz (como el del manto o la celada) fue un motivo tan común en el medio ambiente oral de la Edad Media (y de otros tiempos), que hasta versiones en clave cómica y paródica engendró. Por ejemplo, en la *Thiedriksaga* o *Saga de Teodorico* noruega de mediados del siglo XIII, concretamente en el capítulo 197, en que el héroe Vidga asusta y se burla de sus pusilánimes compañeros de aventuras fingiendo la voz del gigante al que acaba de matar. Otro tanto podría decirse, y siempre en el sentido que apunta a tradiciones dinámicas y plurales, sin barreras ni exclusividades de género, de los paralelos que pueden encontrarse de muchas más de las escenas (la de la resurrección milagrosa de los familiares, por ejemplo) que se aglutinan en los textos que han llegado hasta nosotros de la leyenda de *El abad Montemayor*. Un análisis pormenorizado y desprejuiciado de las teselas que forman su mosaico nos llevaría con mucha más seguridad al campo abierto e intemporal del folclore sin etiquetas que al redil aristocrático de la épica.

Los intentos de don Ramón Menéndez Pidal de demostrar que hubo un primitivo cantar épico de *El abad de Montemayor* allá por los lejanos siglos XII y XIII son acaso los más arriesgados de todos los que el sabio filólogo ensayó, ya que para fundamentar tal hipótesis contaba solo con textos de la raya que separa los siglos XV y XVI, y con su enorme fe en la capacidad de la épica para sucederse (casi) a sí misma. Las versiones ya muy tardíamente medievales que tenemos muestran, por otro lado, variantes entre sí e indicios de manipulación letrada que no permiten hacerse demasiadas ilusiones acerca de su fidelidad al supuesto protocantar primitivo del que según don Ramón derivarían. No hay, por otro lado, una tradición intermedia apreciable de versiones cronísticas ni romancísticas que pudieran servir de puntos de apoyo para aliviar tal lapsus temporal. Pese a ello, la erudición de don Ramón logró allegar informaciónes extraordinariamente interesantes. La prueba es que aquí tenemos, al cabo de cien años, un libro, éste de Ana Martínez Pereira y Víctor Infantes que, aunque se atreve a matizar y a poner en cuestión algunas de las opiniones del maestro, asume otras con prudente respeto y fía al futuro el hallazgo de algún texto o indicio que permita alcanzar mejores certezas sobre el prototipo y la evolución de una leyenda que, querámoslo o no, solo conocemos por testimonios tres siglos posteriores –lo cual marca una distancia muy honda– a los de los hechos –fabulosísimos– que supuestamente evoca.

Ana María Pereira y Víctor Infantes sintetizan muy bien y de manera cautelosamente crítica las hipótesis que han sido lanzadas sobre esta leyenda. En un guiño quizás irónico a don Ramón subtitulan su libro “La *historia* de un *cantar*”. Pero ellos hablan siempre que pueden de *leyenda* y no de *cantar*. No se decantan, pues, por la obsesión épica de Menéndez Pidal ni se pronuncian por la opuesta (la de Alberto Montaner, por ejemplo), que defiende que, con los textos y datos que tenemos, debemos considerar la leyenda de *El abad de Montemayor* como una leyenda en prosa. Yo personalmente opino que la opción de la *leyenda* es la más respetuosa con los datos que, por el momento, tenemos. Y que, si nos ponemos a establecer conjeturas, a los testimonios de finales del XV y comienzos del XVI que conocemos les debió preceder, sí, una densa y dilatada tradición oral (y quién sabe si también alguna versión escrita subsidiaria) de versiones en que es muy posible que hubiese versos (no necesariamente épicos: es más probable que, si los hubo, fuesen baládicos, más breves, compactos, utilitarios), prosas (algunas más cercanas a la leyenda local e histórica y otras al cuento plagado de desatados prodigios) y mezclas promiscuas de ambos. Dicho de otro modo: creo que la leyenda de nuestro abad debió de andar circulando durante varios siglos en la tradición folclórica medieval (que heredaría, por su parte, tópicos tradicionales de mucho antes), y que debió de ser inevitablemente polimorfa, compulsivamente variable, insolentemente despreocupada de nuestros afanes por clasificarlo todo en verso, en prosa, en géneros perfectamente claros, perfilados y etiquetados.

La edición de Ana María Pereira y de Víctor Infantes es escrupulosísima. Un prólogo muy extenso, erudito y ponderado de más de ochenta páginas precede a la edición minuciosísima (con prolija anotación de variantes) de la novelita publicada a partir de 1502. Las acotaciones y notas filológicas e históricas son abrumadoras, a veces incluso demasiado, porque casi asfixian el texto base y lo adoban con números volados que se inmiscuyen en la lectura. El texto de la primera versión de Rodríguez de Almela se da en apéndice, sin anotación. Quizás sea un relegamiento injusto, porque pese a su atonía general, presenta ingredientes, sobre todo en el final, muy ricos y originales.

El libro entero es una reivindicación en toda regla de la tradición filológica más clásica, detallada, escrupulosa, atentísima a la fijación del texto, a las variantes y a los problemas de transmisión. Una ciencia que tiene mucho de arte y que en el atosigamiento de los tiempos que corren se halla cada día más arrinconada. Si, pese a los fuertes vientos que soplan en contra, los autores se empeñasen en seguir editando con esta pulcritud y erudición más *historias caballerescas breves* de finales del XV y comienzos del XVI, el servicio que prestarían a nuestros estudios literarios sería inmenso y obligaría posiblemente a replantear muchas de las ideas y (pre)juicios que hasta hoy han dominado la crítica de nuestra vieja literatura medieval, de nuestra primera literatura moderna y de su complejísima y apasionante etapa de transición.